

EL ARQUITECTO TRESGUERRAS

(1745-1833)

Segunda edición

MANUEL ROMERO DE TERREROS

C. de las Reales Academias Española, de la Historia
y de Bellas Artes de San Fernando

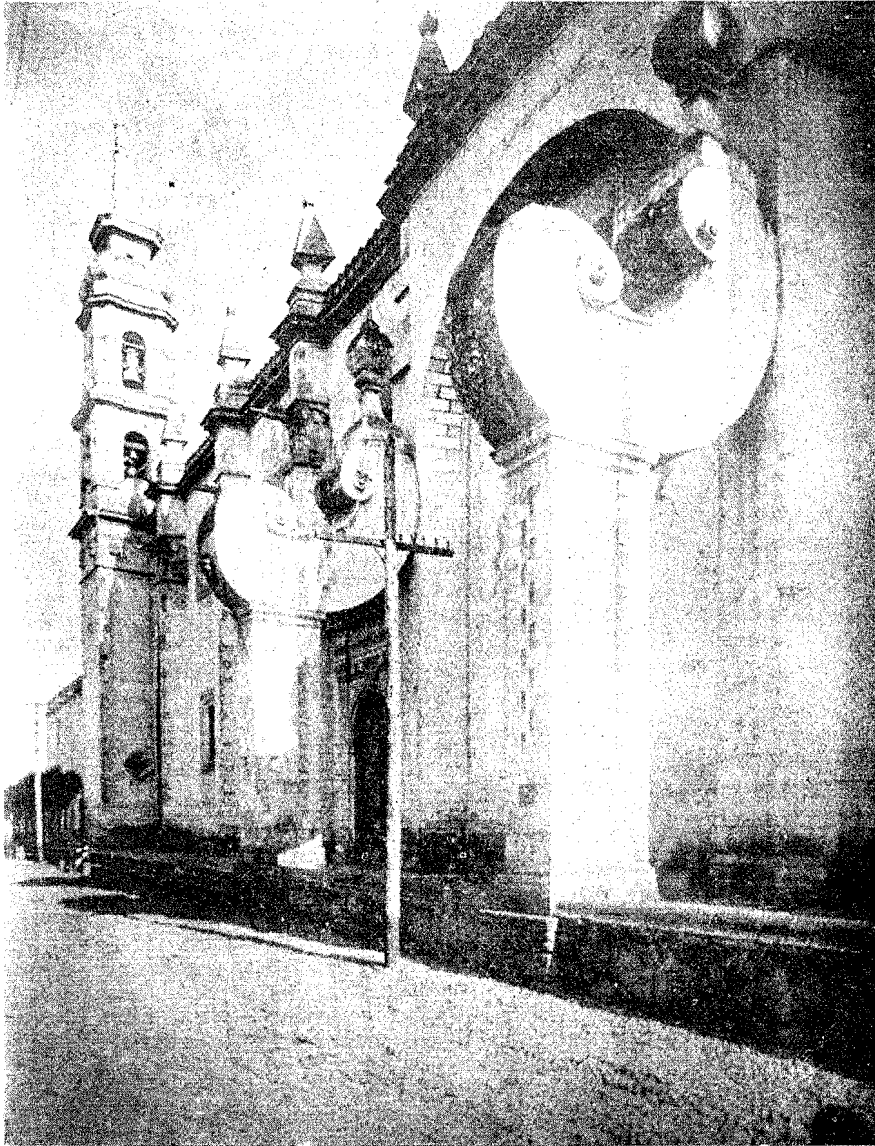
I

La arquitectura colonial de México, de cuyo robusto tronco, llamada con propiedad *franciscano primitivo*, brotaron primero una que otra flor plateresca, y después copiosas y frondosas ramas barrocas y churriguerescas, que se extendieron por toda la Nueva España; culminó en las postrimerías del siglo XVIII y principios del siguiente, en el renacimiento de formas neoclásicas. El valenciano don Manuel Tolsá y don Francisco Eduardo de Tresguerras, mexicano, fueron los más esforzados paladines del nuevo gusto, y si sobre el primero pesa la acusación de haber destruído riquísimos retablos antiguos, para substituirlos con más correctos pero insípidos altares, Tresguerras, en cambio, es inocente de tan grave pecado artístico y aventajó a aquél en la originalidad y solidez de sus construcciones.

La cuna de Tresguerras se meció en Celaya, villa fundada por el Virrey don Martín Enríquez en 1570, la cual, a decir verdad, no tuvo más importancia durante la época colonial que la que pudieron darle los conventos de San Francisco y del Carmen, que desde temprana fecha allí se establecieron. Situada Celaya en el *Bajío*, del hoy Estado de Guanajuato, una de las comarcas agrícolas más productivas de la Nueva España, la vida allí fue siempre de gran tranquilidad y de relativa abundancia para sus pacíficos moradores.

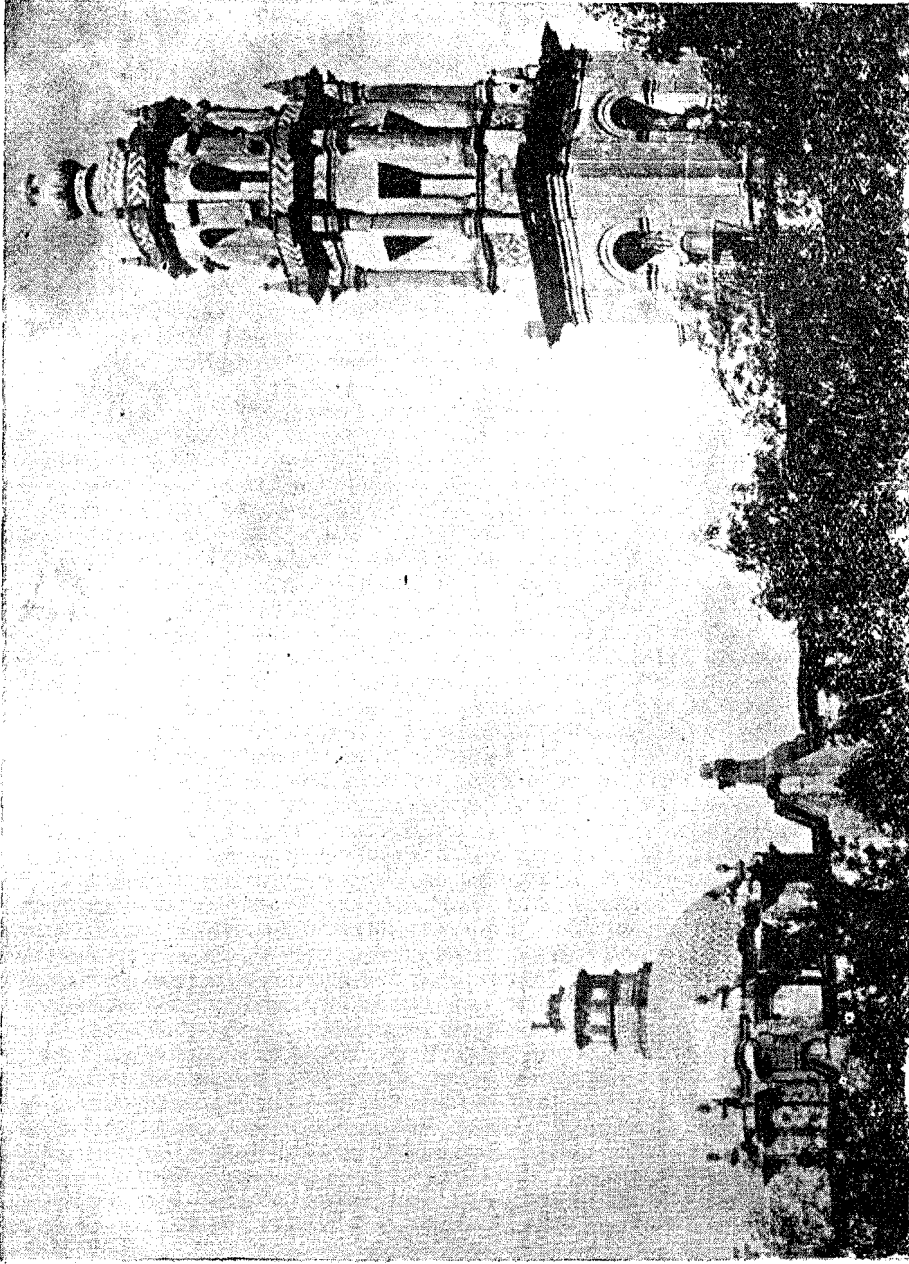


Francisco Eduardo de Tresguerras.
(De una litografía antigua.)



QUERÉTARO. — Exterior de la Iglesia de Santa Rosa

(Fot. de la Inspección de Monumentos Artísticos de México.)



QUERETARO.—Torre y cúpula de la Iglesia de Santa Clara.—(Fot. Khala.)

De don Pedro de Tresguerras, natural de Santillana, y de madre criolla, nieta del capitán don Juan Martínez de Ibarra, nació Francisco Eduardo de Tresguerras el 13 de octubre de 1745; y ninguna reseña de sus primeros años puede ser más exacta, que la que él mismo hizo en una carta que publicó don Manuel Payno en el tomo segundo de *El Museo Mexicano*, en 1843. "En aquella carta, dice don Bernardo Couto en su *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*, se cuenta no sólo la carrera del arte, sino sus satisfacciones, sus enojos con sus rivales, sus alabanzas propias, todo con una ingenuidad, una ufanía casi infantiles. Su vanidad no ofende, por lo mismo que se presenta sin el menor embozo de fingida modestia."

"Me crié, escribe, pues, Tresguerras, con Nebrija y los vates, el trompo y los papelotes, y no podía entonces definirse mi elección entre las travesuras y los estudios; mas mi inclinación fué siempre decidida hacia el dibujo; nació conmigo, me es connatural.

"Cumplí quince años, y mis estudios; quise ser fraile, y Dios demasiado misericordioso lo frustró por un viaje que hice a México, y donde a esfuerzos de mi inclinación abandoné las letras y me entregué al dibujo; estuve como un año absorto en tan hermosa doctrina; volví a mi patria y traté de casarme: me estaba amonestando cuando los frailes quisieron reconvenirme con mi antigua pretensión; creían virtud en mí lo que en realidad era mogigatez y poco mundo. Valga esta sincera confesión mía, sí, porque muy piadoso Dios evitó mi inadvertida pretensión, y me ahorré de unos cargos que, insoportables a mi genio é inclinaciones, me hubieran prestado el papel más delictuoso y delincuente."

Contrajo matrimonio con doña María Guadalupe Ramírez, cuyo retrato de cuerpo entero pintó él mismo. Representa a la joven de rostro agradable y simpático, si no de gran belleza, con un traje chinesco que tiene mucho carácter, pero con los pies y calzado ejecutados con notable descuido. Se conserva en el Museo Nacional de México, y tiene este letrero: "Siendo de 19 años D^a María Guadalupe Ramires (sic) la retrató su esposo Francisco Eduardo Tresguerras, año de 1787." "Sobre ya casado, (continúa) me destiné al noble arte de la pintura, a la suave y dulcísima pintura! pero ¡qué dolor! nada medraba con las producciones más difíciles de esta arte encantadora; un estudio que exponía al público, de raro pensamiento, magisterial ejecución, estilo hechicero, dibujo corregido y en todo de un muy regular mérito, se miraba con indiferencia, ni podían mis deseos encontrar con un conocedor; mas luego que embarraba un coche de verde y colorado, que brillaba el oro de sus tallas, que campeaban unos mamarrachos a modo de monos, que se manipulaba el maque, el barniz y otras sandeces de esta clase, entonces llovían admiraciones y elogios, y yo tenía que arrinconar todos mis grandes estudios o papeles, y debía, coincidiendo con tanto ignorante, sacrificar la razón y el buen gusto en obsequio de tanta y casi universal estupidez.

"Enfadado ya, quise juntar la música a mi ocupación; me disipaba y me esponía infinito, no convenía con mi educación; fuí grabador en una tem-

porada, carpintero y tallista otra, agrimensor algunas veces, y siempre vacilando, dí de hocicos en lo de arquitecto, estimulado de ver que cualquiera lo es con sólo querer serlo; sólo se requiere aprender una jerga de disparates como la de los médicos, babosear cualquier autor de arquitectura de tantos como hay, en particular las escalas de Vignola, hablar muy hueco, gerigonzas de ángulos, areas, tangentes, curvas, segmentos, dobelas, imoescapos, etc; pero con cautela, siempre delante de mujeres, cajeros, y otros que no los entiendan; después entra el ponderar unas obras, echar por tierra otras, hablar mal de los sujetos, abrogarse mil aciertos y decidir magistralmente, y hételo ya *Arquitecto* hecho y derecho."

De sus estudios en México, nos cuenta lo que sigue: en sus "Ocios de Tresguerras," manuscrito que se conserva en la Academia de Bellas Artes de San Carlos de México:

"El virtuoso y muy docto Fray Rafael Arias Maldonado fué mi lector (de Filosofía) y aunque no me cupo el primer lugar, pues lo obtuvo mi hermano don Pedro Vicente Tresguerras, con todo, de tres lugares terceros que sólo hubo, logré yo uno, y doce condiscípulos míos se quedaron sin ninguno, lo que prueba que algo supe."

Por otra parte, sabemos que trató al doctor don Juan Benito Gamarra y Dávalos, así como a don Pedro Septién, al doctor Michelena, al licenciado Coronel y a otros hombres de ciencia, astros de primera magnitud en aquel entonces; y que fué discípulo de Miguel Cabrera—, el pintor más prolífico y mejor conocido de los de la Nueva España, pero de ninguna manera el de mayor mérito—, en la Academia de Pintura, precursora de la de Bellas Artes de San Carlos. Cuando se decidió por la arquitectura, dicha Academia lo "reconoció por su discípulo," licenciándolo para ejecutar cualesquiera obras en ese ramo.

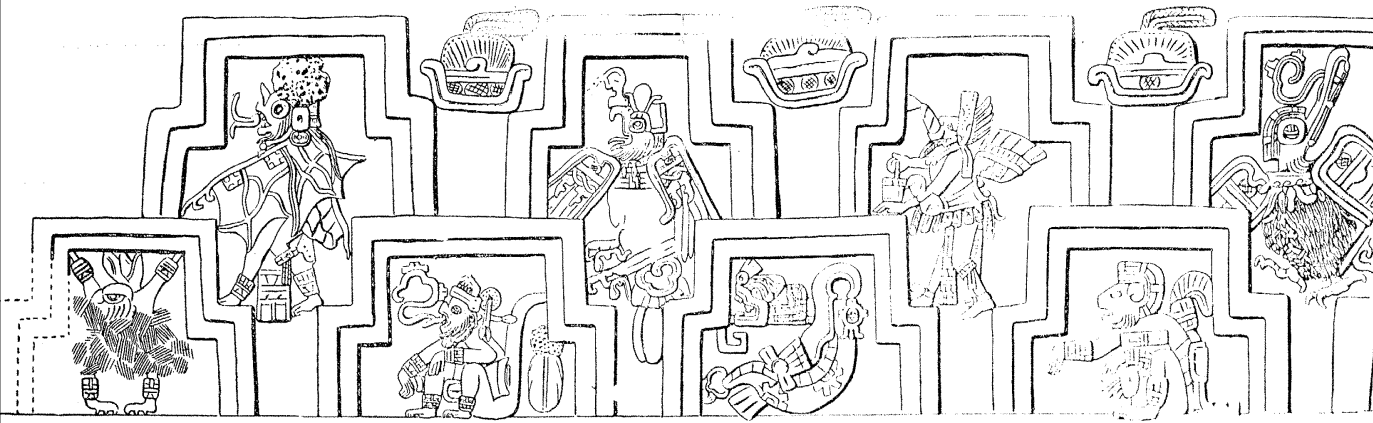
Y hay que recordar que aquel artista se formó, puede decirse, por sí mismo, estudiando en los libros de arquitectura que pudo haber a las manos, y que naturalmente no fueron abundantes. Además de las obras de Vitrubio, Vignola y Serlio, sabemos, por las frecuentes citas que hace en sus notas, que conocía bien las de Palomino y Mengs, Arfe, el *Diccionario de las Bellas Artes* de Tasca; el *Manual de Arquitectura* de Branca y Vegni, traducido al castellano por Hinojosa; la *Filosofía Moral* y la *Fuerza de la Fantasía*, de Luis Antonio Muratori; el *Diccionario de las nobles artes*, de don Diego Antonio Rejón de Silva; y las obras de don Antonio Ponz, a quien "seguía y entendía."

Si en sus comienzos, y bajo la influencia de los modelos que tenía constantemente delante de sus ojos, rindió parias al Churriguera mexicano—, conjetura nada probable, por cierto—, pronto supo emanciparse de tan florida tutela (valga la frase), para rendir culto a las más clásicas formas del Renacimiento greco-romano, al cual, sin embargo, en su primera época, llegó a dar cierta esplendidez y luz, como si fuera un reflejo de la dorada hojarasca que durante dos centurias floreciera en la Nueva España.

Su escasa fortuna no le permitió ni siquiera soñar en viajar por Europa, y salvo su corta estancia en la capital de la Nueva España, toda su vida la



1.



7.

8.

9.

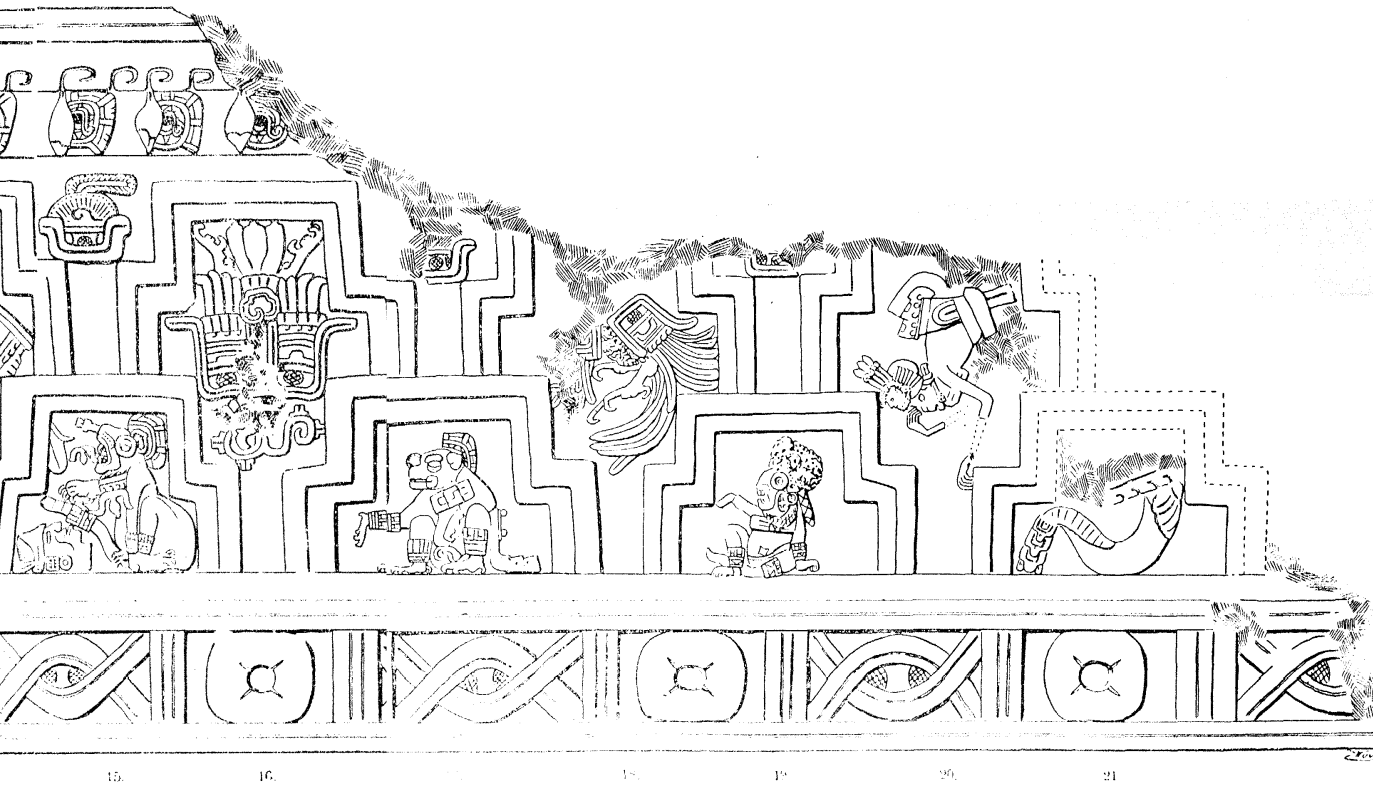
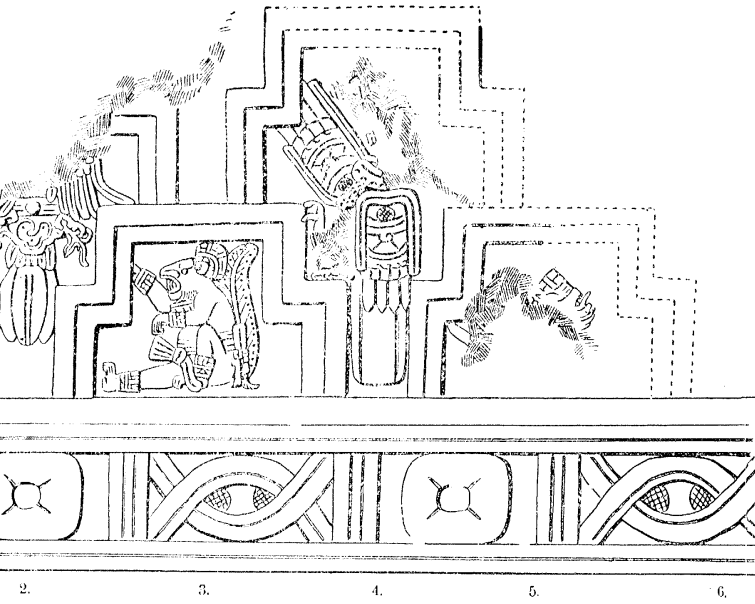
10.

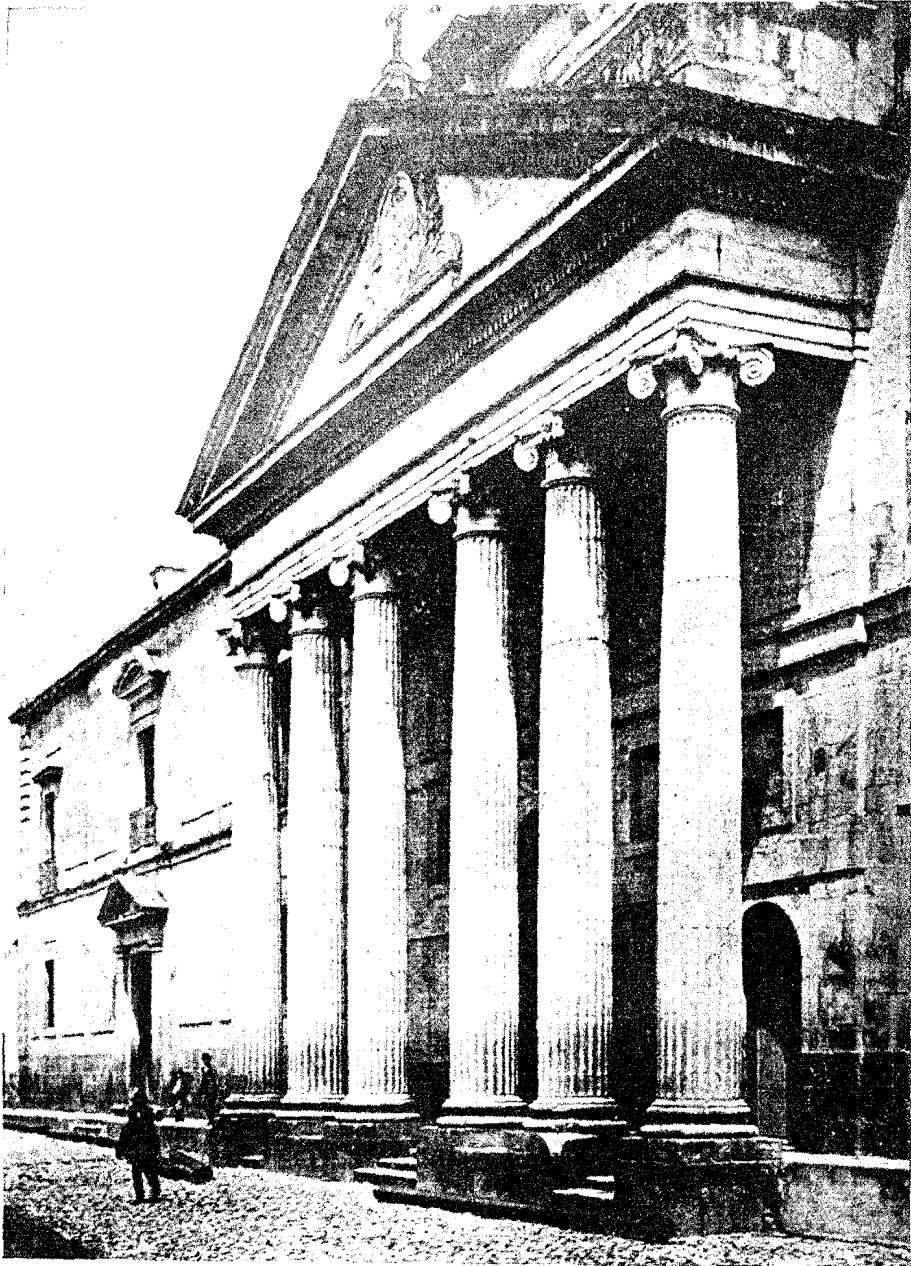
11.

12.

13.

14.



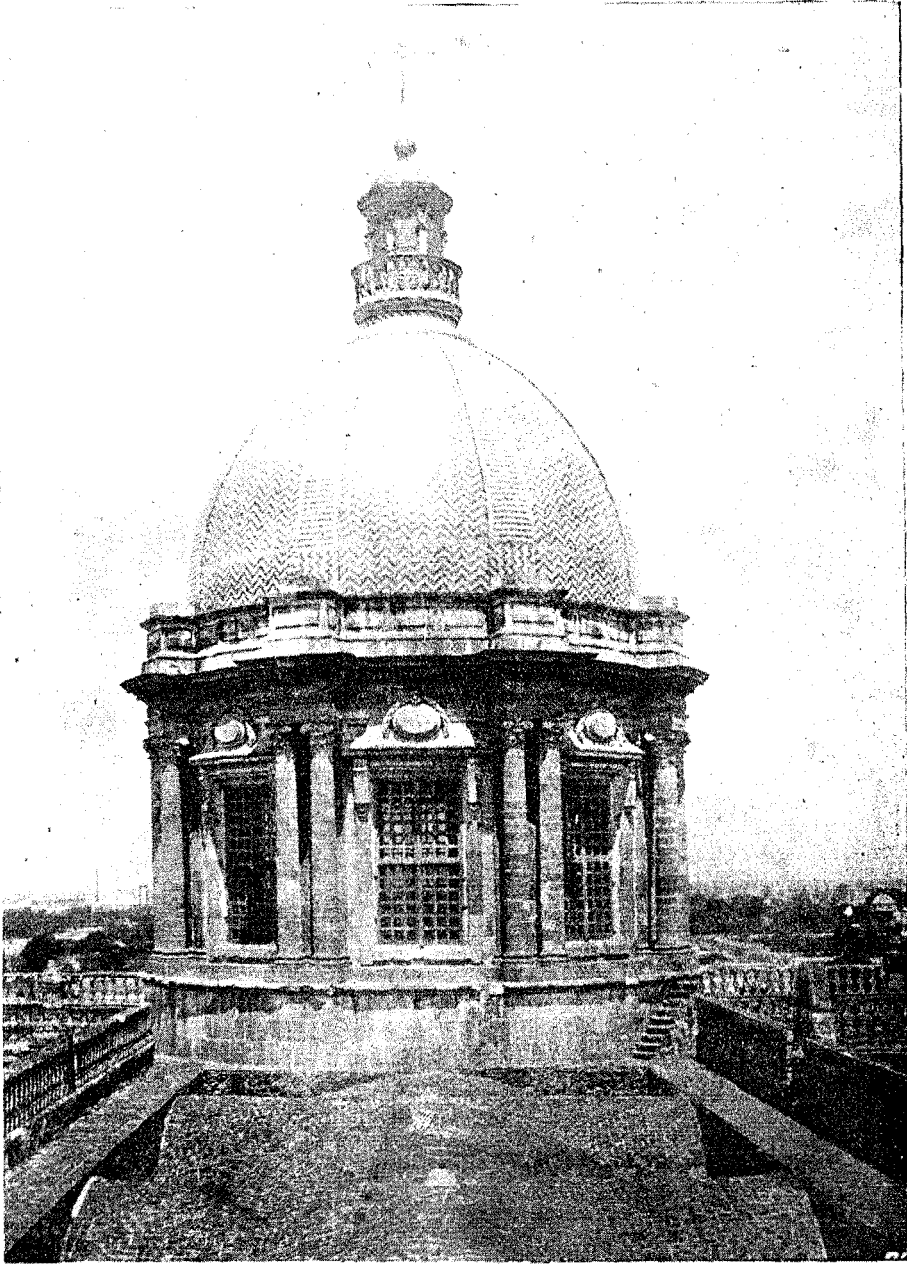


QUERÉTARO.—Iglesia de las Teresas.

(Fot. Khalo.)



CELAYA.—Iglesia del Carmen.
(Fot. de la Inspección &c.)



CELAYA.—Cúpula del Carmen.

(Fot. de la Inspección.)

pasó en las ciudades del *Baño* y otras cercanas, en las cuales llevó a cabo sus obras, embelleciendo principalmente su patria Celaya y la histórica Querétaro.

A pesar de las maquinaciones y críticas de sus émulos, Paz, Caballero, Zapari y Behandía, a quienes fustigó duramente ridiculizándolos con su pluma, se le encomendaron obras de importancia, las que pudo llevar a feliz término, gracias a su fuerza de carácter, y a su rara habilidad en casi todas las manifestaciones del arte, cosa que dió margen para que el Conde Beltrami, amigo como nadie de la hipérbole, lo denominara el "Miguel Angel Mexicano."

II

Aunque a nuestro parecer es cosa dudosa, dícese que por los años de 1775 se encomendó a Tresguerras la reconstrucción de la iglesia del Convento de Santa Rosa de Viterbo en Querétaro. Este templo, reedificado en 1752, por cuenta del Capitán don José Velázquez de Lorea, fué obra de don Ignacio de las Casas, según dice el propio Tresguerras, "en cuanto al trazo, y si Gudiño no lo sostiene con los botareles, se hubiera perdido todo."

Si algunas reformas llevó a cabo nuestro arquitecto, serían seguramente en la torre y en la cúpula, así como en las balaustradas y ornamentación exterior de la iglesia, y quizás en el claustro del convento. Aquellas son elegantes y bien proporcionadas, notablemente la torre, cuyo originalísimo remate se asemeja a la cola de un lagarto, según frase de don Manuel Toussaint; pero hay que confesar que la ornamentación del claustro no estuvo acertada; los arcos del segundo piso son dobles y colgantes y están fuera de toda armonía con la seriedad y proporciones de los del piso bajo.

Los botareles, como hemos visto, fueron obra de Gudiño; quizás a Tresguerras se deban los grandes estípites y los extraños mascarones que adornan tan extravagantes estribos. Algunos, entre otros Baxter en su *Spanish-Colonial Architecture in Mexico*, le atribuyén el decorado interior de la iglesia, uno de los ejemplares más suntuosos y floridos del Churriguera mexicano; pero nos atrevemos a opinar que no fué obra suya, por las siguientes consideraciones: Delata desde luego esta ornamentación una época anterior a la de Tresguerras, y al decir éste que Casas fué el que trazó el templo y Gudiño el autor de los estribos, refiere que el primero, queretano, y constructor del templo de San Agustín, entendía algo de maquinaria, puesto que construyó el reloj de Santa Rosa y el órgano de la iglesia de Guadalupe, pero que "en el ensamblaje o arquitectura de altares tuvo malísimo gusto;" y que el segundo, *tapatío*, es decir, natural de Guadalajara, era "Director de obras y algo práctico en la escultura; que en la mampostería y cantería acertó algunas piezas, y la solidez fué el caracter de todas, hasta tanto que pecaban en la tosquedad; que en la arquitectura de altares siguió la desarreglada de Klauber, y que aún adelantó los sueños de Borromino." "No quiero que se entienda, agrega, que no fueron hábiles, sino que, por

acomodarse al mal gusto que en su tiempo reinaba, apostaban a quién desvariaba más, sin remorderles las obras escritas de Vitruvio, Serlio y otros arquitectos;" crítica que bastaría para demostrar que Tresguerras sólo aspiraba a construir edificios que estuvieran en armonía con el canon clásico.

En la sacristía de esta iglesia existe una obra de arte, que suele atribuirse también a Tresguerras, y hasta se dice que recibió quince mil pesos en pago de su ejecución; pero carece de firma, y es tan superior a todo lo que hizo nuestro artista con su pincel, que es muy dudoso que en realidad sea obra suya. Representa una alegoría del *Hortus conclusus* y es probablemente obra de Cabrera, Vallejo o algún otro pintor del siglo XVIII.

Otra de las iglesias queretanas en la que se supone que Tresguerras puso su mano, es la del Convento de Santa Clara, albergue de las celebradas esculturas de Arce y Perusquía,¹ pero si así fué, se limitó a exornar la torre y la cúpula, exteriormente, con azulejos blancos, azules y amarillos.

El edificio de más carácter que construyó Tresguerras en Querétaro fué indudablemente la iglesia de las Teresas, con el convento anexo, costeados ambos por la marquesa de Selvanevada, doña Antonia Rodríguez de Pedrozo. Se dice que empezó a edificarse bajo la dirección del arquitecto Ortiz, pero no sabemos por qué torpeza de éste, se encomendó la obra a nuestro biografiado.² "El 24 de junio del año de 1803, dice Frías en sus *Leyendas y tradiciones queretanas*, se colocó y bendijo la primera piedra, con mucha solemnidad, de este nuevo convento e iglesia, apadrinando el acto el M. I. Ayuntamiento, asistiendo la V. Congregación de Nuestra Señora de Guadalupe, así como las comunidades de religiosas y personas de la alta clase. Bendijo la primera piedra el Ilmo. Señor (Arzobispo Lizana y Beaumont) y colocóla el Regidor, Alguacil y Capitán don Fernando Romero Martínez a nombre del Cabildo, depositando en ella algunas monedas de oro y plata, la "Guía de Forasteros de México," todo del mismo año, algunas reliquias y alhajas de valor y una lámina de cobre donde se inscribieron todas las circunstancias de la solemnidad." En 26 de julio de 1805 se trasladaron las religiosas, y en 1807 quedó concluida la obra, dirigida por Tresguerras.

1 La escultura en la Nueva España se redujo a la construcción de imágenes policromas para el culto, así como para integrar innumerables retablos churriguerescos. Las más hermosas estatuas se labraron en Puebla de los Angeles y en Santiago de Querétaro. "Los que levantaron la plástica religiosa a inesperada altura, dice Revilla, fueron los queretanos Perusquía y Arce. Conocedores de la anatomía de las formas como del dibujo, dieron un gran paso en el arte, poniendo sus figuras en consonancia con lo natural, y con lo bello.....Perusquía es más fino, más cuidadoso; Arce más varonil y atrevido y desecha más de sí la rutina.

2 El insigne don Manuel Tolsá había hecho un proyecto para este edificio, que ignoramos por qué no se adoptó. En el Archivo General de Indias de Sevilla se conservan las *plantas alta y baja*, el diseño de la *fachada* y un *corte* del "Convento de Religiosas Carmelitas Descalzas que proyecta fundar en Querétaro la señora Marquesa de Selva Nevada," por don Manuel Tolsá; con expediente y carta N^o 262 del Virrey de Nueva España Marqués de Branciforte de 30 de septiembre de 1797".—*Torres Lanzas, Pedro*. Relación descriptiva de los mapas, planos, &c de México y Floridas existentes en el Archivo General de Indias. Sevilla, 1900. Nos. 472 a 474.



CELAYA.—Interior de la Iglesia del Carmen.
(Fot. de la Inspección.)



CELAYA.—Interior de la Iglesia del Carmen
(Desde el presbiterio.)



CHILAYA.—El Carmen. «Puerta de la Capilla de los Cofrades.»
(Por «de la Inspección».)

Esta iglesia llama la atención por su majestuoso pórtico. Seis columnas jónicas de grandes dimensiones, admirablemente labradas de tersa cantera y estriadas en toda la longitud de la caña y con correctos capiteles, sostienen un bien proporcionado frontón de líneas severas. El conjunto es majestuoso e imponente. El interior de la iglesia y convento lo decoró nuestro artista con algunas pinturas. Suyos son los ángeles y alegorías de las bóvedas, así como una pintura al temple en la sacristía, representando a los apóstoles, que aún se conserva. Algunas otras pinturas, por desgracia, han desaparecido; entre ellas una muy notable que había en la capilla de la huerta, en la cual se veía a Santa Teresa entregando un libro a San Alberto, y otro a una monja arrodillada, probablemente la Madre Abadesa de aquel tiempo; completaban el cuadro dos religiosos, quienes, según una leyenda que había al pie, eran: "El M. R. P. Fr. José de la Cruz director espiritual de N. R. M. P. y de varias hijas, P. muy amante de esta comunidad," y "El M. R. P. Fr. Manuel del Espíritu Santo, muerto con opinión de santidad."

La hermosa fuente de Neptuno, erigida por el Ayuntamiento en 1797, que hoy corta el ángulo formado por los costados Norte y Oriente del actual Jardín Zenea, es también obra de Tresguerras, con excepción de la estatua, que se quitó de la Plaza del Recreo; y bajo su dirección se construyó la casa de la familia Mesa, número cuatro de la calle del Marqués (de la Villa del Villar del Aguila), la cual es notable, dice Frías, "tanto por su ingeniosa escalera, como por las pinturas a la acuarela que el mismo Tresguerras ejecutó en el interior." La escalera tiene de ingenioso que se divide nada menos que en ocho tramos, seis de ellos dobles; y las pinturas al temple, en el plafond,—que representa a Cibeles,—y en los marcos de las ventanas, adolecen de grandísimos defectos.

También fué autor de una columna y del tablado y el arco triunfal con varias pinturas alegóricas, para la jura de Carlos IV; y bajo su dirección se hicieron algunas reformas a las Casas Consistoriales.

III

Diríase que Tresguerras quiso exornar sus lares con las flores más exquisitas de su genio. En efecto, en Celaya, ciudad como él mismo dice, "en donde Minerva y Ceres tienen su asiento," se yergue majestuoso el templo del Carmen, y en sus cercanías, atraviesa el río de la Laja el hermoso puente del mismo nombre.

El convento de San Buenaventura de Carmelitas descalzos de Celaya, fundado en 1597, tuvo una primitiva iglesia techada con madera, que se derribó en 1686 porque amenazaba ruina; y dos años después, el 5 de agosto, quedó terminado un nuevo templo, de bóveda; pero éste se incendió en 1802, "día viernes que fué en que se celebró la solemne festividad de Nuestra Madre

Santísima del Carmen, hallándose la comunidad por la tarde en la procesión que en el día de la festividad se forma," según relata don José Fernando Ramírez en sus *Adiciones a Beristáin*.¹ Pocos días después de la catástrofe, llegó a Celaya fray Antonio de San Fermín, entonces Ministro Provincial y después Obispo de Santa Cruz de la Sierra, quien dispuso la reedificación de la iglesia. El virtuoso prelado, que conocía y apreciaba el genio arquitectónico de Tresguerras, le encomendó la construcción del nuevo templo, prefiriéndolo a Zápari, a García y a Ortiz, arquitectos que gozaban de renombre en la capital de la Nueva España; y a pesar de la envidia de sus émulos, que movieron cuantos resortes pudieron para impedirlo, nuestro artista emprendió desde luego la obra, habiendo escogido un estilo sencillo, hermoso y sólido para el proyecto del edificio que había de hacer célebre su nombre en todo México.

El 4 de noviembre colocó la primera piedra el Alférez Real de Celaya, don Juan Gregorio Bosque (quien, por cierto, fué el primero que se enterró en la nueva iglesia), y la obra se hizo a expensas de la Provincia de San Alberto, que señaló dos mil pesos mensuales para gastos. A Tresguerras se abonaron dos mil anuales como honorarios, los que se le pagaron, según es tradición en Celaya, con unas pequeñas casas que hasta hace poco subsistían con el nombre de "Baños de Tresguerras." Encargóse de la administración el Prior fray Juan de San Francisco, quien le prestó toda su atención hasta que marchó a Capítulo en marzo de 1804. El 13 de octubre de 1807, se celebró la dedicación del templo, apadrinando el acto el Ayuntamiento de Celaya; y bendíjolo el Deán de Valladolid, quien, al día siguiente, trasladó al Santísimo Sacramento en solemne procesión. Fray José de San Martín, Provincial, dijo la primera misa rezada, la que ayudó Tresguerras, y por último, el día 15 se celebró la fiesta solemne de la dedicación, que se continuó hasta el 17.

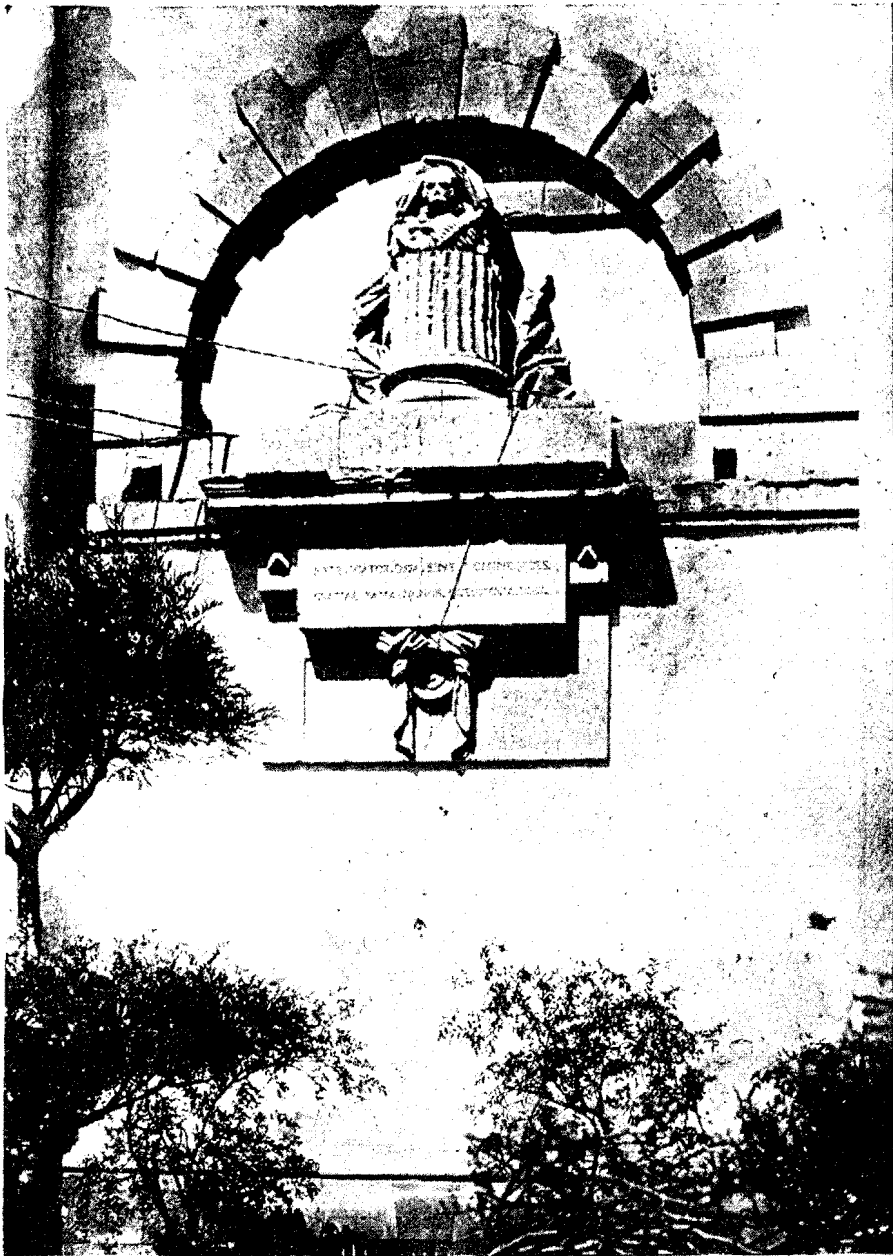
El costo total de la obra fue de \$225,000 de los cuales la Provincia de Carmelitas dió \$201,500, el Convento de Celaya \$9,000, y el resto se colectó de limosnas.

Creemos que la mejor descripción que puede hacerse de la famosa iglesia es la del propio Tresguerras, tanto más, cuanto que está escrita con sus acostumbradas ingenuidad y franqueza.

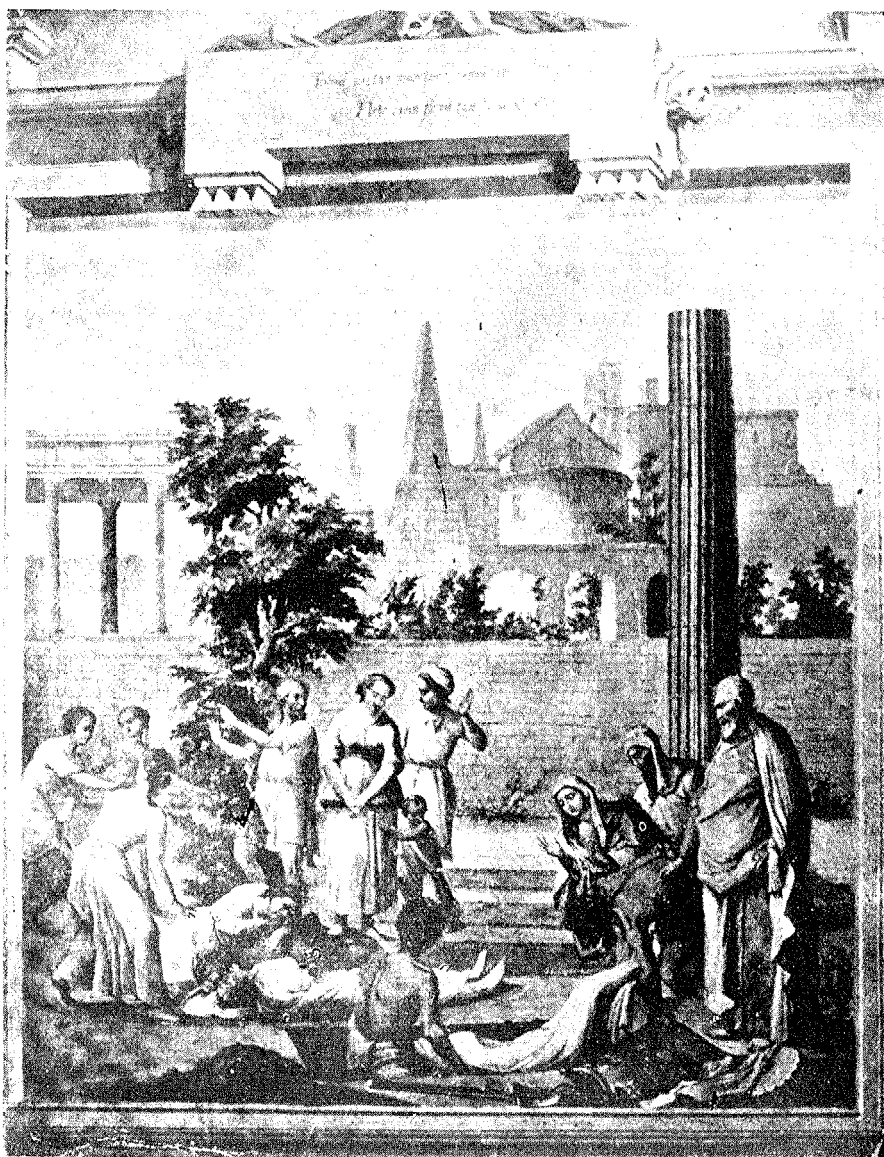
"El prospecto de la iglesia, que mira al Oriente, —escribe,— es muy extraño, mas no sin ejemplar,² la torre y el pórtico aparecen como de una

1 En un curioso cuaderno manuscrito, de autor anónimo, intitulado "Diario de Querétaro" se lee lo siguiente: "Año de 1802.—Julio 17.—"Se ha sabido que el día de ayer a las 5 de la tarde a la hora que salía la procesión de Corpus en el Convento del Carmen de Celaya, una vela mal puesta, o que el ayre la tiró, fue causa de que se huviere quemado el trono del altar mayor, y sin ser suficiente la mucha gente que ocurrió, habiendo tomado cuerpo el fuego, consumió este todos los colaterales de dicha Iglesia, haciendo el mismo estrago en el Coró y torre. Con no poco trabajo se pudo sacar la custodia y el copon, aunque por esto costó la vida de un pobre, a quien el siguiente día se halló quemado entre las ruynas. Lo material de la Iglesia también padeció mucho pues se cuartearon las mas de sus bovedas. Las Ymagenes que iban en la Procesión, se quedaron en la Yglesia de N. P. San Franco, en donde hizieron su Octava dhos. Reverendos. Carmelitas."

2 "Don Benito Bails así lo quiere, —dice en una nota.— También se tuvo presente



CULLAYA.—El Carmen. DeLalle
(Fot. Antonio Cortés.)



CELAYA - Capilla de los Cofrades. - "El entierro de Tobías."
(Cliché Baxter.)



CELAYA —Iglesia de San Francisco.

misma pieza: éste tiene tres puertas principales, y otra hacia el Sur, mas su compañera faltó, porque una antigua pared de pieza servible al convento, mutiló (a pesar del artista) desgraciadamente la fachada: súbese al pórtico, que es dórico, por siete gradas, muestra bastante robustez y la desempeña, pues en su medio se levanta la torre, toda de piedra blanca, compuesta de un cuerpo jónico, otro corintio, y un chapitel gracioso con el que desde el nivel de la calle completa sesenta varas de altura; toda ella está fina y pirámida con la conveniente ligereza.

“La cúpula iguala en altura a la torre, por lo cual se descubren por varios rumbos desde nueve leguas de distancia, y porque Celaya está situada en una fertilísima llanura; ella es de figura elíptica, y la recibe un cimborrio con ocho ventanas, que prestan noventa varas cuadradas de luz: se estriba y hermosea con diez y seis columnas compuestas, pareadas, casi aisladas, que le forman un bello compartimiento, de manera que el todo hace bien, y es una pieza muy elegante.

“La puerta, que equivale a la que llaman del costado, forma una segunda fachada, no menos extraña que graciosa, y es tanto más lucida, cuanto logró el artifice que fuese el punto de vista en una calle cerrada; allí, bajo una estatua de Na. Sa. del Carmen, se leen los dísticos que aluden a la fábrica y motivos por qué se levantó: se adorna aun el exterior de ella con jarrones y balaustrada general.

“Entrando a la iglesia por el pórtico, se ve el atrio, pieza que por lo alto es el coro: allí solamente se señorean dos piezas sueltas (en dos ángulos o rincones), en las que están como empotradas las pilas del agua bendita; se goza así mismo la legítima puerta del templo, pieza adornada con columnas corintias, y estatuas fingidas de alabastro en los intervalos que prestan, y que representan a la oración y religión; este trozo hace un majestuoso efecto. En este atrio no incomoda aquella lobreguez, ni la inmediatez de las bóvedas del coro, que ya parece gravitar sobre nuestras cabezas, defectos ambos comunes en todas las iglesias antiguas, es una pieza clarísima, y nada impide que lo interior del templo se presente con un golpe de perspectiva bien particular: se entra en él como de improviso, registra la vista el interior, y como fué llevada por grados, se satisface, se engolosina, y se llena el alma de una santa admiración.

“La iglesia por dentro es de orden corintio, como que es su patrona María Santísima, mas los altares, que están embutidos, y son como piezas independientes, van afuándose por grados, así en sus adornos como en sus órdenes, hasta que el altar mayor, reuniendo y realzando los pensamientos, se presenta serjo, rico y majestuoso, siendo con la decoración general del templo un trozo poco común, mas no desenlazado; así que su cornisa es un

que el templo del Espíritu Santo en Berna, famosa ciudad de la Suiza, tiene sobre el pórtico un bello campanario de columnas corintias; lo mismo ofrece el de Dresde, y la iglesia de la fortaleza de Potsdam.” Por otra parte, Tresguerras se apartó, en esta iglesia, de la tradición de la Orden del Carmen, que no permitía torres en sus iglesias, sino solamente campanarios.

ándito cómodo, a nivel con la que circunda toda la iglesia, y resguarda un balaustre dorado, sin que se interrumpa ni ménos padezca más quiebras que los necesarios según arte. El cimborrio se mira recibido por pilastras y arcos dobles, y por esta su parte cóncava, es de orden compuesto, mas sin columnas; se adorna con balaustre, lo que se llama el anillo, y hace hermosamente.

“En el crucero se ven dos grandes puertas (invención de Vignola): una es para comunicarse con la sacristía y otra con una capilla de ánimas, en donde está reemplazada la puerta del costado, y por lo mismo es entrada para la iglesia: de una a otra puerta corre un riguroso ándito, levantado y separado del piso común de la iglesia por medio de un no interceptado balaustre, de modo que con libertad y decencia se destinan los ministros sagrados a cinco altares, incluso el mayor; en su medio se separa un templete de legítimo alabastro, sobre un banco bien gracioso y en esta pieza se embute el regular sagrario, mas queda un lugar desde donde domina y se hace preciso punto de vista, una hermosísima custodia de vara y tres cuartas de altura.”

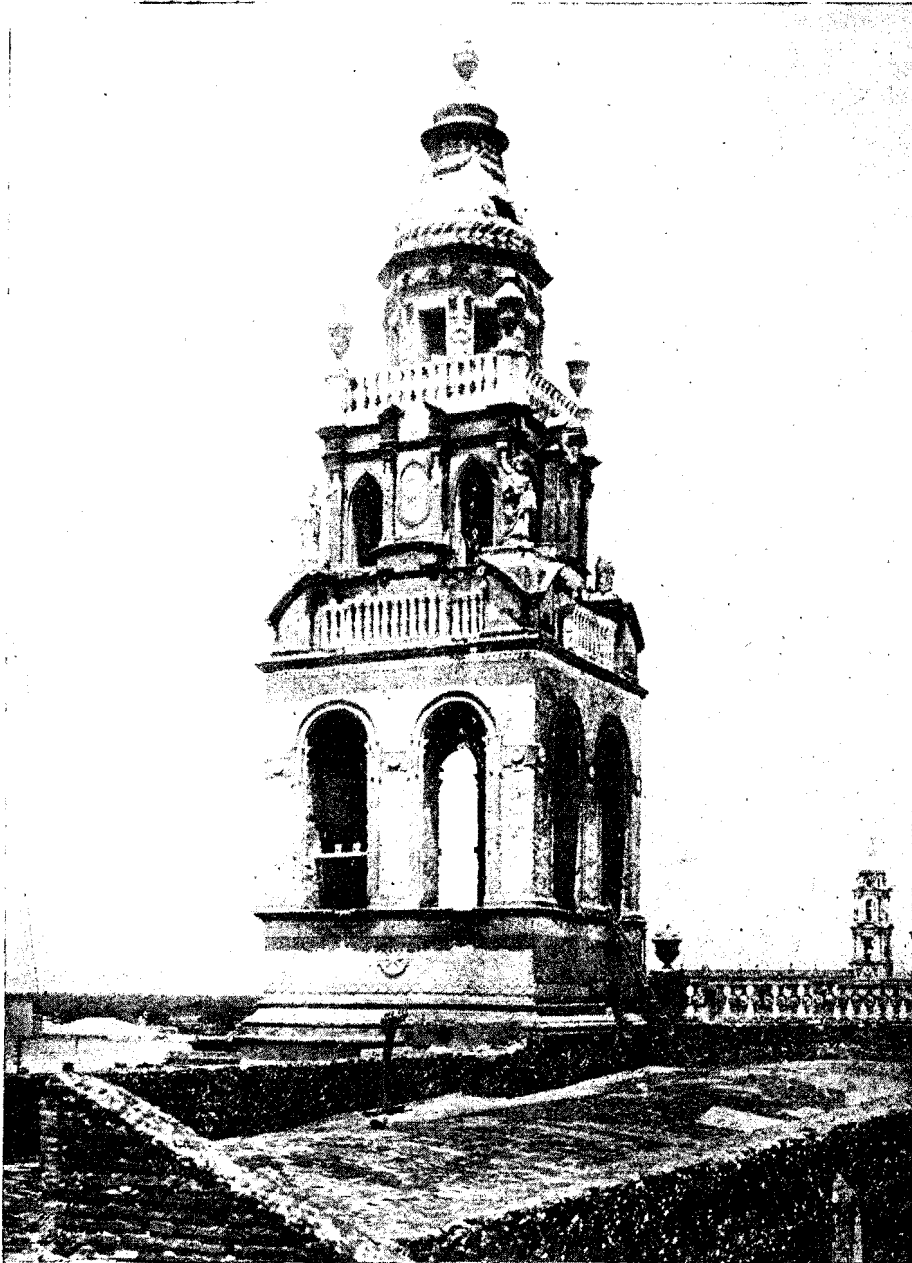
“A los lados del comodísimo presbiterio, se miran embutidos dos iguales cenotafios de buena invención, donde se depositan preciosos restos del Ilmo. Señor D. Fray Antonio de San Fermín, puntualmente el brazo derecho y aquella mano con que escribió el *Homo attritus* y su *Defensa*, y cuyos dos ejemplares se guardan en unas urnas. Las pinturas y esculturas que se ven, parece son regulares; toda la iglesia se ilumina grandemente, mas sin berrinche; la vista se complace por el contraste de los miembros arquitectónicos, no se cansa, porque no encuentra objetos difíciles y escabrosos; allí reina la limpieza, la lisura y el arreglo; se cuentan en toda esta obra quince trozos de arquitectura, donde las columnas ejercen su oficio con total diferencia e invención, mas guardando sus vivos, apeos, etc.; no puede el autor convenirse con una monotonía insípida, y bien que condena la demasiada licencia que suele parar en extravagancias, con tódo, se acomoda con la naturaleza, porque de la variedad resulta la hermosura, y un orden desordenado y armonioso.

“La planta de la iglesia es de cruz latina, la anchura rigurosa quince varas; el alto veinte y tres; el pórtico, inclusas las gradas, tiene de ancho trece; el atrio trece y media; cincuenta y cinco desde el dicho hasta la primera grada del presbiterio, y éste, inclusa la proyectura toda del retablo, y su macicez, diez y ocho, el crucero tiene de largo treinta y cuatro y media.”¹

Las estatuas de los altares, no todas de Tresguerras, pues hay algunas de la escuela de Querétaro, son de regular mérito; adolecen, en general, de paños duros y acartonados.

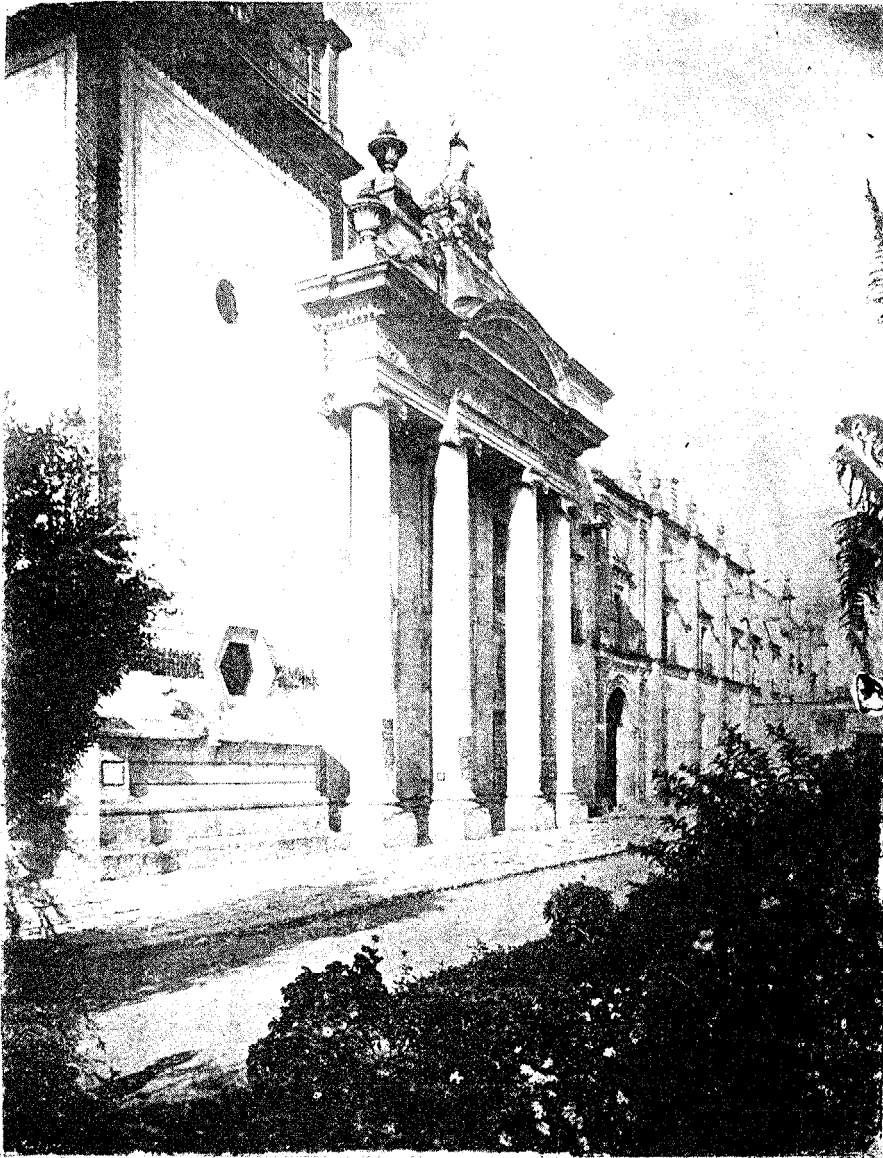
En el altar de San Elías, Tresguerras demostró su doble calidad de pintor y escultor, con una vigorosa estatua del Santo, y un cuadro en la

¹ *Diario de México*. Diciembre 14 y 15 de 1808.



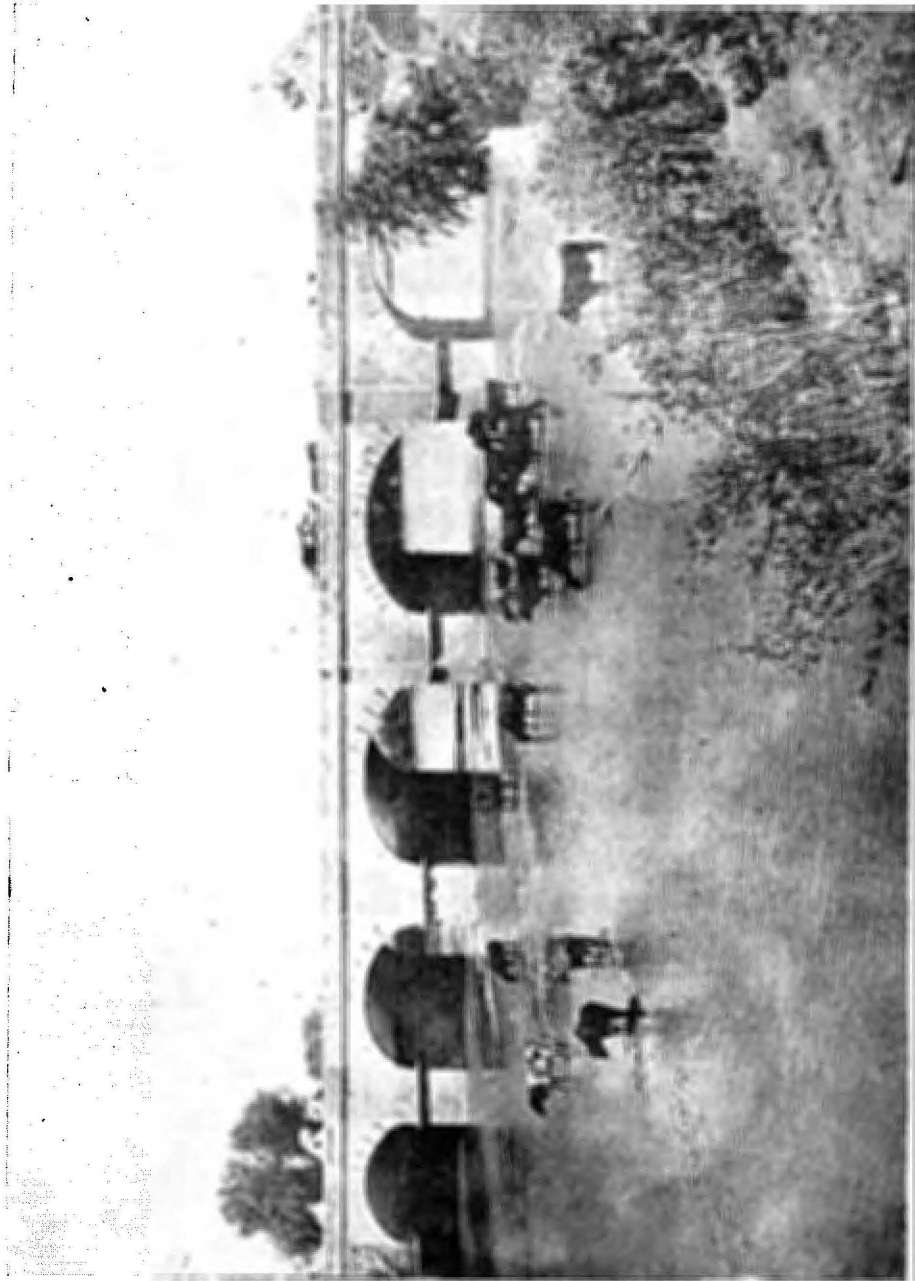
CBLAYA.—Torre de la Iglesia de San Agustín.

(Fot. de la Inspección.)



QUITO.—Pórtico de la Iglesia de San Francisco.

(Fot. de la Inspección.)



CELAYA -- Puente de La Laja -- (Pot. Baxter.)

parte superior, en que se ve a la virgen apareciéndose a éste sobre el mar, cuyas mansas aguas brillan tenuemente.

Pero lo más celebrado de toda la iglesia es la capilla llamada de los Co-
frades (por la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen, que se fundó en
1703), y conocida también con el apelativo *de las ánimas* o *del juicio final*.
En el exterior adorna su entrada el precioso entablamento a que alude
Tresguerras, y este dístico:

Ignis. si. probet. aedem. longa. ve. temporis. aetas
aeternam. pulchram. laudabunt. arte. et. amore.

y el costado, bajo un arco de medio punto, una alegoría de la muerte, con
este otro:

Siste. viator. ossa. sine. nomine. vides.
gratae. fama. honos. que. omnia. nihil.

En ambas piezas descansa con sumo agrado la vista.

En el altar mayor de la capilla, pintó Tresguerras una Virgen del
Carmen, que describe Payno como "hermosa y fresca Madona, con sus me-
jillas ligeramente coloreadas de rosa, su mirada santa y celestial, sus labios
purpurinos con la sonrisa que emana de un corazón puro y ardiente en amor
divino; de sus delicadas manos penden unos escapularios que con ahinco
procuran asir las almas del purgatorio que en la parte inferior del cuadro se
ven, ardiendo entre las llamas: en fin, una de esas vírgenes escapadas del
pincel de Murillo, a las cuales es preciso amar, y rezar de rodillas;" des-
cripción que, como se comprenderá, tiene mucho de hiperbólica. Entre las
ánimas que piden auxilio a la Virgen, se ve un fraile con tonsurada cabeza.

Ostentan las paredes de la capilla tres grandes pinturas al temple, to-
das de asuntos sepulcrales: el entierro de Tobías, la resurrección de Lázaro
y el juicio final. Esta última, anterior a las otras, ha alcanzado grande, pero
inmerecida fama en México. En la parte superior, se ve entre nubes, al Pa-
dre Eterno, a Jesucristo, a la Virgen y a numerosos Santos de la Corte ce-
lestial. En la inferior, a la izquierda, los condenados corren en tropel, le-
vantando las losas de sus sepulcros, y los que han escuchado la fatal sentencia
del Juez Omnipotente, son obligados por demonios a entrar en el infierno,
con toda clase de instrumentos de tortura. Mientras un diablo tira de los
pies a un condenado, para sacarlo de la huesa, otro ase de los cabellos a uno
que asoma la cabeza fuera de la tierra. . . . A la derecha, una mujer, todavía
en estado de esqueleto, y apenas fuera de su sepultura, cruza las manos hu-
mildemente sobre el pecho; mientras que los escogidos y benditos de Dios
llenos de gozo, se apresuran a subir a las mansiones celestiales guiados por
ángeles y serafines. Entre los justos y los réprobos, el pintor se retrató a sí
mismo, levantando con la espalda la lápida de su sepulcro, en que se leen
sus iniciales F. E. T. y la fecha 1803. En su semblante se ve la angustia
que lo embarga por saber qué lugar ocupará en el terrible juicio final.

Si la agrupación de las figuras está dramáticamente concebida, esta pintura está ejecutada con notable descuido. En realidad, no es más que un defectuoso boceto, y no se comprende por qué varios autores la han elogiado tanto.

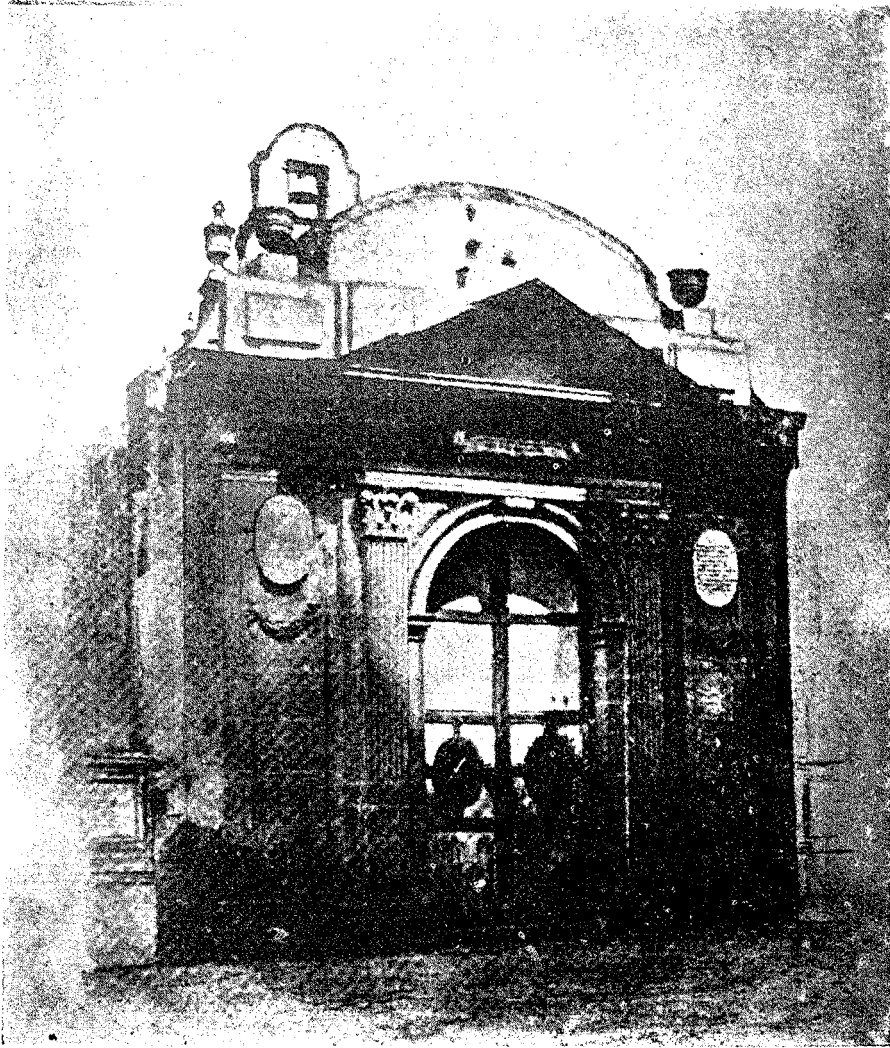
El colorido en el *Entierro de Tobías* y en la *Resurrección de Lázaro* es crudo,—con abuso del azul,—pero el escorzo, la composición y el claroscuro de estas dos pinturas demuestran mayor facilidad de ejecución, más naturalidad y mejor conocimiento del medio; (son, como hemos dicho, de época muy posterior al *Juicio final*. La figura de Jesús en la *Resurrección de Lázaro* es hermosa, dulce y natural).

A ambos lados de la puerta de entrada de esta capilla, se ven dos medallones con el retrato de Tresguerras, uno cuando tenía la edad de treinta y cinco años y el otro cuando tenía la de sesenta y tres, y encima, la siguiente inscripción:

"Mexicana patria, urbs Celayensis et Carmelitana familia, memoriae opera dabant et admirationis tributum praestant sapienti opifici hujusce celeberrimi Templi, Michaelo Angelo Mexicano, D. Francisco E. Tresguerras, qui in hac civitate lumen vidit; eademque in pace quievit, anno Dno. 1833."

Por supuesto que esta bella iglesia despertó la ira y envidia de los rivales de Tresguerras, quienes lo acusaron, unos de haber copiado la iglesia de Santa Genoveva de París, y otros de haber hecho traer el proyecto de Roma; pero él demostró lo absurdo de tales especies. Su obra se parecía a la de París, sólo en ser ambas de orden corintio, y en cuanto a los planos, escribe lo siguiente: "Que el mapa vino de Roma es una célebre mentira; tengo en casa el que ejecuté, y podrá verlo quien lo dude; y verá los de los altares y algunos otros sólo delineados, y verá más si quisiere, que echo yo mapas de cualquier asunto uno por cada dedo, porque (en paz sea dicho) estoy dotado de una invención y fantasía fecundísimas, y gozo de unas fuentes en mis libros y papeles que iluminan prodigiosamente, y a la prueba me remito."

Adujo también, como opinión competente, la de Humboldt, "prusiano protestante," quien había admirado la iglesia; y afirmó que "si no pudo construirle a Dios una casa correspondiente a su grandeza, por lo menos inventó e hizo por sus manos cuanto cupo en su empeño, en su gusto y en su inteligencia; en una palabra, esta obra la dirigió el amor a las artes, a la patria y al divino culto." . . . "Yo he montado desde la primera hasta la última pieza; todas son de mi invención, aunque siguiendo las huellas del antiguo, sus reglas, proporciones, y demás ápices y figuras; he enseñado una porción de manteros, dulceros, carpinteros y lo que usted quiera, a canteros, y solo yo doy guerra a sesenta oficiales, fuera de veinte y cinco albañiles, los talladores, escultores, doradores y otros muchos artesanos que se emplean en la obra del Carmen, una casa muy grande que estoy acabando, el Puente y otras obrillas, como el mesón y la casa de don José Múgica. Me sobra tiempo para otras menudencias, y todo lo ejecuto con cierto aire socarrón y picaresco que vale un dineral.



CELAYA.—Capilla de los Dolores.

(Cliché Baxter)

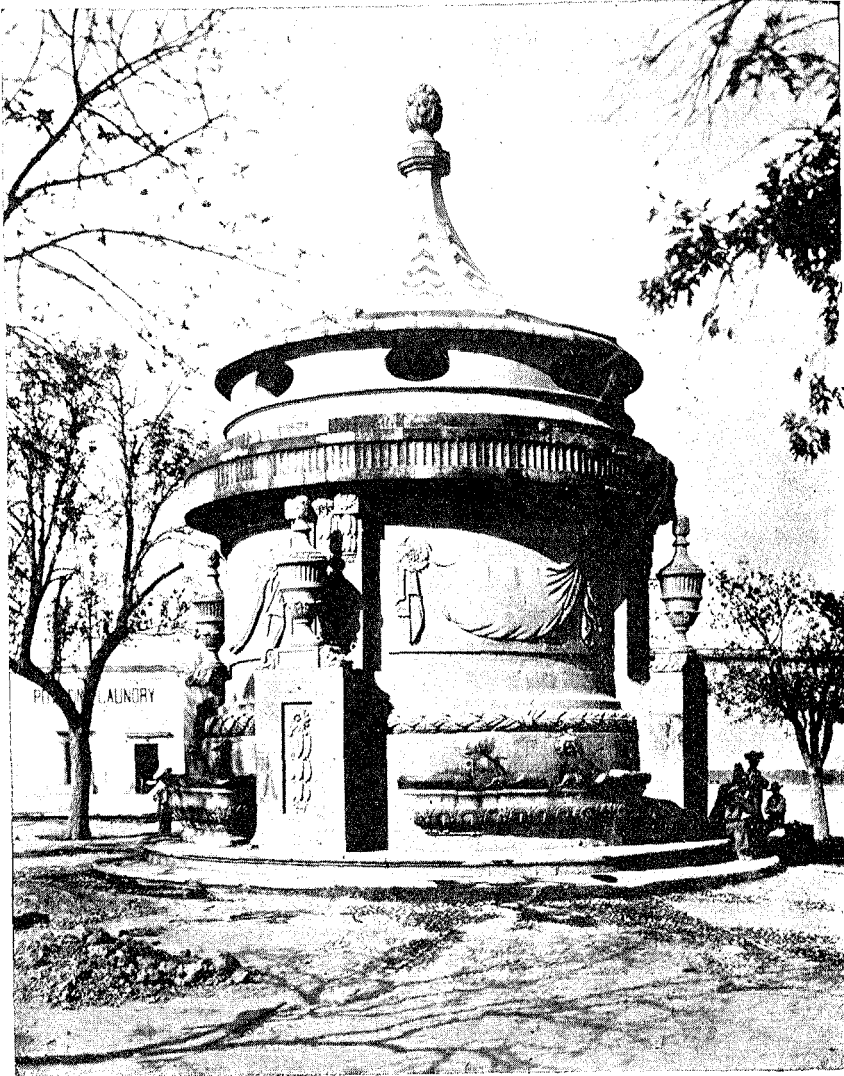


GUAJALAJARA.—Palacio Rul.

(Fot. Lupercio.)



GUANAJUATO.—Galería del Palacio Real.
(Fot. Ibigo.)



SAN LUIS POTOSÍ.—Caja del agua.
(Fot. de la Inspección.)

Por otra parte, el templo del Carmen mereció el aplauso general, y los poetas de entonces se apresuraron a celebrarlo en versos de buena intención, si no de altos vuelos.

IV

En uno de los viajes de Tresguerras de Querétaro a Celaya, tuvo oportunidad de conocerlo el Intendente de Guanajuato don Juan Antonio de Riaño, quien, comprendiendo desde luego las extraordinarias dotes del arquitecto, lo comisionó para que construyera un puente sobre el río de la Laja, cercano a Celaya.¹ Esta obra, que se terminó en 1807, constituye uno de sus más grandes triunfos arquitectónicos, es sólida y majestuosa, cómoda y elegante, y con sus cinco ojos, formados por arcos escarceanos almohadillados, es el más bello ornamento que pudo prestar el arte a aquella pintoresca comarca. Flanquean las rampas, que suben del camino al puente, sendos graciosos estípites de hermoso diseño que rematan en unas piñas.

Tresguerras aspiraba a hacer de su ciudad natal la más hermosa de la Nueva España. No pueden recorrerse las calles de Celaya sin encontrar a cada instante algún recuerdo de su preclaro hijo, porque en casi todos los edificios públicos y privados se ven las huellas de su genio artístico. En el exterior de la iglesia de San Francisco (obra de Fray Fernando Alonso González, natural de Medina del Campo, constructor insigne) erigió el pórtico, menos clásico que el de las Teresas de Querétaro, pero majestuoso y elegante; mientras que en el interior, numerosos y bellos altares fueron levantados por él, así como el retablo principal de la iglesia del Tercer Orden, que él mismo consideraba como una de sus más agraciadas y felices inspiraciones. A su buen gusto debe la torre del por otra parte feo templo de San Agustín, el remate, vestido de azulejos verdes, blancos y azules, la balaustrada del segundo cuerpo y los macetones clásicos, que la exornan; y hay casas y mesones, pobres y miserables, que, sin embargo, ostentan fachadas graciosas y elegantes, portadas con correctas cornisas y columnas. La influencia de Tresguerras en Celaya y sus alrededores fué grandísima: parece que todos los arquitectos y maestros de obras de su tiempo se dedicaron a copiar sus obras, con mayor o menor fortuna.

Dentro del atrio de San Francisco, al lado de la puerta lateral de la iglesia, construyó una pequeña capilla, dedicada a Nuestra Señora de los Dolores, que destinó para su enterramiento, y en donde en efecto fue sepultado. Como todo lo suyo, es un edificio gracioso y correcto. Flanquean la entrada dos óvalos, inscritas en ellos unas décimas de su cosecha, parafrásticas del versículo del Profeta de las Lamentaciones *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus:*

¹ Refiere Alamán que el virrey Iturrigaray al pasar por Celaya en el viaje que hizo a Guanajuato en 1803, concedió a aquel Ayuntamiento autorización para hacer una corrida de toros, con objeto de procurarse los fondos necesarios para la construcción de este puente.

“O vosotros que pasáis,
 si os angustia el corazón,
 la pena o la sinrazón,
 no sin fruto os confundáis:
 mas si tercios ponderáis
 de insufrible su rigor,
 es vano tanto clamor;
 pesadlas una con otra,
 y entre tantas ved si alguna
 se iguala con mi dolor.

“Mi Jesús que es el hermoso,
 y en millares escogido,
 clavado muere y herido
 en un suplicio afrentoso.

Luego un lugar tenebroso
 me lo oculta en marmol frio;
 este sí es dolor impío,
 que aun niega el llanto a mis ojos,
 porque sólo vean despojos
 de un inculpable hijo mio.”

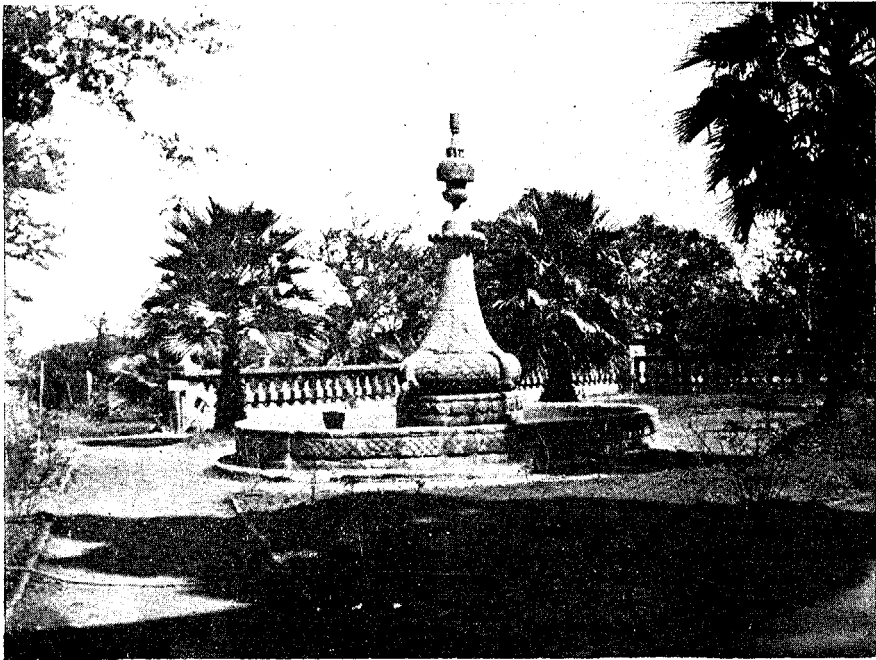
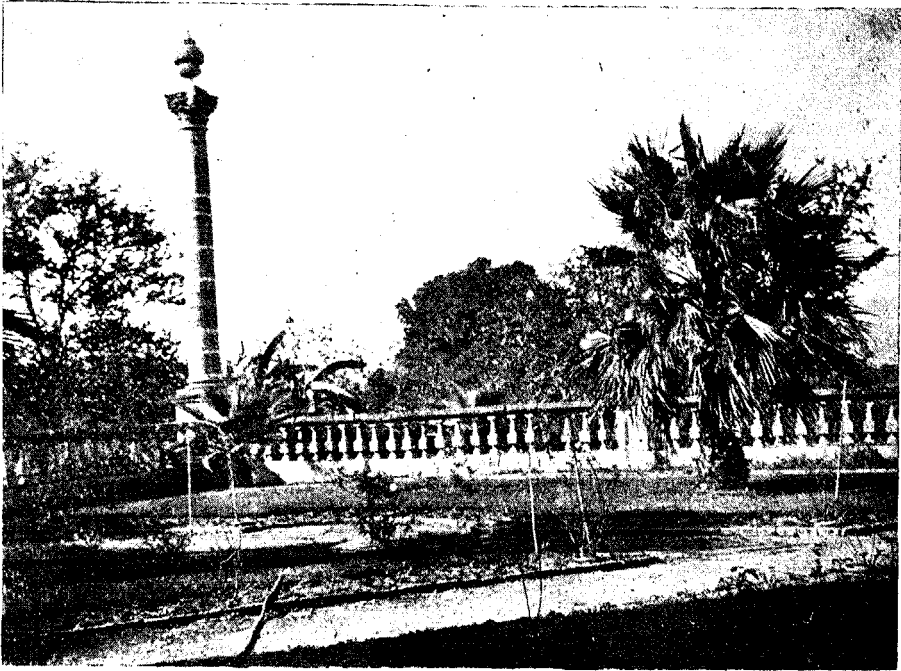
El interior de la capilla está adornado, en el friso, con un apostolado; y en los muros con varias otras pinturas, todas obra de su pincel, pero de escaso mérito artístico. Las mejores son un Cristo y una Dolorosa,—o más bien Nuestra Señora de la Soledad,—en el altar. Hay además, un autorretrato, con esta leyenda: “Francisco Eduardo Tresguerras; Gravador y Profesor de las Tres Bellas Artes, Natural de la Ciudad de Celaya. Edad, 35 años. Retratado por él mismo. 1780.”

Más que un monumento mortuorio, Tresguerras hizo de aquella graciosa capilla un estudio de artista, adornándola con dibujos, bocetos y hasta piezas de porcelana, muchos de los cuales aún se conservan, junto con varias poesías suyas en marcos, y numerosos objetos de su uso personal, que se guardan allí como en un museo, lo que demuestra que los vecinos de Celaya han sabido apreciar el genio y venerar la memoria de don Francisco Eduardo de Tresguerras.

V.

Si Celaya se enorgullece con el templo del Carmen y el Puente de la Laja, la ciudad de Guanajuato ostenta uno de los más hermosos edificios de Tresguerras.

“En la cuesta de la calle principal, dice el entendido arquitecto y delicado artista don Jesús T. Acevedo, hay un palacio de piedra rosa, siempre cerrado. Su piso bajo consta sólo de un muro almohadillado y cinco claros de proporciones exquisitas y sin chambrana. El piso alto y monumental es-



JALISCO.—Terraza de la Hacienda de "El Cabezón."
(Fot. del autor.)

tá sujeto al orden jónico más delicado, un jónico impregnado de feminidad como los de Philibert de l'Orme. Hay un frontón que protege un cartouche tan perfectamente parisino que no se creería obra de América." Este cartouche encierra los escudos de armas del primer dueño del edificio, Coronel don Diego Rul, primer Conde de Casa Rul, y su consorte. Tan hermosa casa llamó poderosamente la atención del Barón de Humboldt, cuando visitó Guanajuato en 1803, pues escribe el distinguido viajero que costó 40,000 duros, y que por la sencillez de su arquitectura y la gran pureza de su estilo, podría servir de adorno a las mejores calles de París y Nápoles.

El interior corresponde en todo a su bella fachada, distinguiéndose principalmente su hermoso patio, cuyas columnas son de extraordinaria esbeltez y gracia. Las galerías abiertas, o "corredores," son amplias, y las portadas de las diversas estancias, correctas y en alto grado decorativas. El oratorio de la casa, como debe suponerse por ser obra de tal arquitecto, es también un modelo de elegancia, coronado con pequeña pero gallarda cúpula.

Ha sido creencia general que la famosa "Alhóndiga de Granaditas," el edificio más notable de la ciudad de Guanajuato, fue también obra de Tresguerras, error que se propagó seguramente, por la mucha semejanza que tiene el estilo arquitectónico de aquella construcción con el de otros edificios que erigió nuestro arquitecto. Pero el verdadero autor del célebre "palacio para el maíz," como fue apellidado, fue don José Alejandro Durán y Villaseñor, arquitecto de Ciudad o Maestro mayor, quien presentó los planos respectivos al Cabildo de Guanajuato el 12 de marzo de 1796, según refiere Marmolejo en sus *Efemérides guanajuatenses*. Dichos planos fueron revisados y reformados por los profesores de la Academia de San Carlos, y quizá Tresguerras haya hecho también algunas modificaciones, sobre todo en las portadas, que parecen obra suya. Por otra parte, se sabe que varias vistas de la Alhóndiga, pintadas por Tresguerras a la acuarela, formaban parte del rico e interesante museo de antigüedades y obras de arte que reunió don Ramón Alcázar en la citada ciudad de Guanajuato.

VI

Larga y difícil de formar sería la lista completa de las obras que ejecutó Francisco Eduardo de Tresguerras. Citaremos, pues, las más notables.

En la ciudad de San Luis Potosí, construyó el Teatro Alarcón, notable por su bóveda plana; y una fuente de bellissimo diseño. Consiste ésta de una caja circular, entre cuatro macetones ornamentales sobre pedestales cuadrangulares, y con cubierta piramidal de azulejos que remata en una graciosa pila de piedra. Entre cada macetón hay una adornada taza, y encima, como motivo ornamental, un paño colgando de dos clavos. Entre la cornisa y la cubierta se ven ocho respiraderas ovaladas, y el conjunto es muy hermoso, a pesar de que la ejecución de los paños es defectuosa.

Diseñó el altar de la capilla de Santa Faustina, que se formó en el cubo de

la torre del lado derecho de la iglesia matriz de Guanajuato; trazó el plano de la parroquia de Salvatierra; dirigió la reposición de la Villa de San Felipe, cuyo interior, adornado con esculturas de Perusquía, resultó magnífico y de mucho gusto; y con otras obras que llevó a cabo en Valladolid y San Miguel el Grande, reunió, según él mismo asegura, "un pasar decente y medianamente acomodado."

"Cuando se intentó la reforma en los altares y crugía de la Catedral de esta ciudad de Guadalajara,—dice Agustín F. Villa.—Tresguerras, solicitado por el Cabildo, vino a encargarse de la obra, pero desgraciadamente se le exigían reformas en sus diseños, por las cuales no quiso pasar y se retiró a su país."

Entre las obras que se le atribuyen, figura la terraza de la Hacienda de "El Cabezón," en el hoy Estado de Jalisco. A lo largo del frente de la casa principal se extiende una amplia escalinata de once peldaños que baja a la terraza, la cual afecta la forma de un paralelogramo rectangular y mide, aproximadamente, cincuenta metros de largo por veinte de ancho. Su disposición es tan sencilla como elegante. Limita dicho rectángulo una balaustrada de orden compuesto, bien ejecutada en piedra color de rosa, y dividida, por medio de pilastras, en dos tramos en cada lado y cuatro en el frente, éste con amplio paso en medio, que conduce a la huerta. Cada pilastra sostiene un macetón en forma de pebetero, y en las dos esquinas se yerguen esbeltísimas columnas, coronadas por ornatos semejantes. En el centro, siguiendo el mismo estilo, se encuentra una fuente ovalada de hermoso diseño. Un pedestal, en medio, de caprichosa forma piramidal y cubierto de escamas, remata en un macetón idéntico a los de las columnas, y ostenta, como principales adornos, cuatro delfines que arrojan agua por la boca.

Sospechamos que las palmas y demás plantas que hoy se encuentran en aquel recinto son de época reciente; es probable que antaño estuviese embalsada toda el área de la terraza.

Su composición arquitectónica no pudo ser más feliz: la piedra rosa de la fuente y balaustrada armoniza admirablemente con los ricos tonos de color de palmas y fresnos, mientras que las esbeltas columnas de las esquinas se destacan majestuosamente contra el azul del cielo y los diversos matices de la no lejana serranía.

VII

De la pluma y pincel de Tresguerras quedaron esparcidas por todas aquellas ciudades de "tierra adentro," innumerables producciones. Solamente las que se encuentran en la iglesia y sacristía del Carmen, en Celaya, llenarían una larga lista: entre ellas las mejores son *San Juan Nepomuceno*, *Santa Tecla* y *Santa Teresa*, así como un boceto al templo de la *Ultima Cena*. Las puertas de dicha sacristía y de la capilla de los cofrades ostentan sendas mamparas con alegorías de la *Antigua y Nueva Ley*, respectivamente,

con adornos de cortinajes, guirnaldas de flores y demás que les imparten aspecto de decoraciones de teatro. Abundan en aquella comarca autorretratos de Tresguerras, así como diversos dibujos y pinturas hechas por él, como el retrato a pluma del insurgente Albino García, y una Virgen del Apocalipsis que se conserva en la iglesia de San Francisco de Irapuato; y hasta piezas de plata que diseñó y cinceló. En la Academia de Bellas Artes de México existe un pequeño cuadro que representa la *Infancia de la Virgen*, del cual dice Couto "que no puede tomarse sino como un juego de su pincel, muestra de su afición a la pintura, que fué su primer amor, y que nunca pudo poner en olvido."

Para sus pinturas, que por cierto adornaba casi siempre con décimas y dísticos de su cosecha, Tresguerras se inspiraba en estampas europeas. En el Museo Nacional de México existe un boceto, con esta nota: "Copiado de Klauber en mayo de 1832, corregido y hasta enmendado por Francisco Tresguerras;" y al pie de un grabado, escribió lo siguiente: "Hermoso cuadro digno de copiarse, pero corrigiendo al niño que está demasiado grande."

VIII

Si en la pintura Tresguerras alcanzó un nivel mucho más bajo que en la arquitectura, su obra literaria tiene todavía menor importancia. De las producciones de su pluma puede juzgarse, por la carta publicada por Payno (aunque ésta, en honor de la verdad, nunca pretendió ser obra literaria); por sus *Afectos a María Santísima de los Dolores*, impresa en México en 1818, "en la oficina de D. Juan Bautista de Arizpe," en octavo, con una lámina en cobre por el mismo Tresguerras que reproduce su cuadro de la capilla de los Dolores en Celaya; por varias piezas en prosa y algunos sonetos publicados en el "Diario de México;" por las décimas parafrásticas ya citadas; y finalmente por un manuscrito suyo que se conserva en la Academia de Bellas Artes. Este se intitula "Ocios de Tresguerras;" y casi todas las piezas que contiene, escritas en 1796, son invectivas contra Felipe Suasnávar, quien, según parece, era constante y acérrimo crítico de todas sus obras, principalmente las arquitectónicas. Están escritas en la magnífica letra de Tresguerras, que a veces parece de imprenta; las adornan varios dibujos a pluma por el mismo; y abundan las notas, algunas de las cuales proporcionan datos para su biografía. Dice en un prólogo: "Poseo medianamente el dulce, difícil y noble arte de la pintura; me glorío de que naciese juntamente conmigo. . . . Como debo á la naturaleza este tono, él me ha conducido (con aquella gran maestra) a combinar la Música agradable, la Pintura corregida, el Grabado preciso y la dulcísima Poesía." Pero sin temor de equivocarnos, podemos afirmar que, si bien sus frecuentes citas latinas y castellanas demuestran gran erudición y vasta cultura, el valor literario de sus escritos es nulo.

IX

A juzgar por algunos autorretratos, Tresguerras era de cara delgada, nariz ligeramente aguileña, ojos oscuros y profundos y cabello castaño; la expresión de su rostro, si no dura precisamente, sí sería, y quizá con una sombra de melancolía. Vestía con el desaliño que suele notarse en los artistas.

“La vida de Tresguerras, dice Payno, es semejante a la de muchos artistas: quieta, tranquila, ignorada de la multitud, y calumniada de las medianías envidiosas que no tienen alas ni esfuerzo para remontarse en las regiones de la gloria.”

Difícil era que en semejante medio no se agriara un poco su carácter, pero jamás lo abandonaron su sentido común y la conciencia de su propio valer; y el crecido número de sus obras demuestra que estaba exento de la indolencia que es característica de la generalidad de su raza. Que era estimado en Celaya, tanto por su talento cuanto por su franqueza y honradez, lo prueba el hecho de que obtuvo varios cargos públicos, como fueron los de síndico, regidor, procurador y alcalde de su ciudad natal. Fué siempre patriota, y al estallar la insurrección capitaneada por Hidalgo, cayó, junto con otros vecinos principales de Celaya, en los lazos que les tendiera fray Mariano Salazar, quien les hizo la apología de la independencia en tales términos que los ganó a su causa. Cuando el subdelegado de Celaya, don Carlos Camargo, recibió los edictos fulminados por la Inquisición en contra de Hidalgo, se rindieron en la celda del P. Plancarte varios eclesiásticos y civiles, entre éstos Tresguerras, a la sazón Procurador, para deliberar acerca de su publicación.

Naturalmente, estos hechos fueron denunciados a la autoridad eclesiástica por fray Cristóbal Rodríguez y fray Simón de Mora, en 11 y 17 de febrero de 1811 respectivamente, pero no sabemos que a nuestro biografiado se le impusiera castigo alguno por sus subversivas opiniones. Al contrario, más tarde, cuando se restableció la constitución española en 1820, fué nombrado individuo de la diputación provincial de Guanajuato.

Un año después, al consumarse la Independencia, escribió una oda patriótica; levantó en la Plaza de Celaya una columna conmemorativa, la primera de su género en México; y se regocijaba de tal manera, que algunos calificaban sus demostraciones de júbilo como locuras.

Como se ha visto por los trozos citados, sus escritos revelan fatuidad y petulancia.... “Por mis obrillas en varios lugares, ejecutadas con algún acierto, y disfrutando en su manípulo las mayores confianzas en muchos miles de pesos, ¿cómo no he de ser envidiado? Agradezca usted a la envidia sus esfuerzos contra mí, pues fuera muy desgraciado si no fuera envidiado; algo me donó y en mucho me singularizó la naturaleza (Dios, debemos decir), pues me envidian; yo me contento. No he tenido cuestión alguna con artista, grande ni chica, huyo de fingir, y es menester que me señalen con

el dedo los que me conocen para los extraños y digan: *aquel es*; pues de no, me confundo entre los espectadores o mirones. soy mogigato de primera, y por otra parte, jamás crea usted que yo pueda callar hablando de las bellas artes; en ellas es mi afluencia inagotable, tengo buen gusto (me atrevo a asegurarlo), he leído alguna cosa, y ya dije que era un crítico ciego, sectario del gran don Antonio Ponz, y muy amigo de razones; jamás censuraré yo una obra, sin dar convincentes pruebas de por qué me parece mala, no me aparto de la naturaleza y principios, y busco la verdad a todo costo; y si no, que me toquen con formalidad, con crianza; y lo que es más, con la razón, y verán de bulto mi ingenuidad; mas si es con charlatanería, guárdense, porque protesto que me sé sacudir como el que más; por tanto, la tal cuestión téngala por de nombre, y por una mera invención satírica y abribonada."

Y es digno de notarse que a menudo hace referencia a su pericia en la pintura; nos atreveríamos a asegurar que Tresguerras se creía más pintor que arquitecto, cosa inverosímil si se considera la superioridad inmensa de su escuadra a su pincel. Pero suele acontecer que los artistas no son buenos jueces de sus propias obras.

Por las escasas muestras que quedan, poco puede decirse de su habilidad en el grabado; y en cuanto a la música y a las letras, si hemos visto que en éstas no fué maestro, sólo sabemos que era muy aficionado a aquélla. El célebre carmelita fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera, en uno de sus discursos académicos, exclama: "Y ¿dónde tú, Tresguerras, honor de la Patria, hijo de las Gracias y Genio de las artes, dónde tomaste aquella vida, aquella elegancia, aquella belleza, que comunicabas a tus obras de arquitectura, que serán la gloria de los mexicanos? Señores, la flauta para Tresguerras era lo que la música para Mengs; en ella aprendía el estilo que quería dar a sus obras."

Pero no puede negarse que tenía alma de artista. En los últimos años de su vida, tarde con tarde se dirigía a pie a una pequeña hacienda de su propiedad, denominada "El Romerillo," y a otros puntos en las cercanías de Celaya. Con su capa al hombro, caminaba tocando la flauta, seguido de un perro, al que apellidaba su fiel e inseparable compañero. Sentábase luego a la sombra de un árbol, y ya modulaba notas armoniosas en su instrumento favorito, ya jugaba con su perro con el candor de un niño. Y desde aquella improvisada Arcadia, podía contemplar el bello y sosegado paisaje y admirar con alta satisfacción las obras maestras de su genio.

¡Cuántas veces, al caer la tarde, vería bajar lentamente la boyada a beber en el río de la Laja, mientras, de regreso de una hacienda o ciudad cercana, atravezaba el puente un pesado forlón, lleno de dorados, como aquellos carruajes que en sus años mozos "embarraba de verde y colorado" con gran admiración de los ignorantes!"

¡Cuántas veces sabría que más allá, bajo la esbelta cúpula y el remate casi chinesco de la torre de su obra maestra, cuyos azulejos reflejaban tenuemente los rayos del muriente sol, los descalzos frailes del Carmelo en-

tonaban las notas hermosas y sonoras de la maravillosa *Salve Regina* que compuso San Alberto!"

X

"La época de su muerte, escribe Payno, fué la que en el cólera morbo asoló las poblaciones de la República y Tresguerras fue arrebatado casi repentinamente por esta terrible plaga; pero días antes de morir puso orden a todos sus asuntos, y la víspera salió precipitadamente de su casa, para arreglar a los pies de un confesor la cuenta pendiente entre su conciencia y Dios. Un amigo que lo encontró en la calle, le detuvo y le dijo:

"—¿Dónde va usted tan precipitado, amigo mío?

"—Buena pregunta, le contestó con calma Tresguerras; la muerte persigue con furor tremendo a los pobres mortales, y en cuanto a mí, pocas horas me quedan de existencia en este mundo.

"—¡Bah! le replicó el amigo. Aún está usted muy robusto y bueno y sano. Dígame usted ¿de dónde le ha venido esta idea?

"—Amigo, no queda mucho tiempo para platicar con usted. ¡Adiós!

"Tresguerras se alejó, dejando al curioso con la palabra en la boca."

Al día siguiente, 3 de agosto de 1833, faltándole pocos meses para cumplir ochenta y ocho años de edad, murió Francisco Eduardo de Tresguerras, el arquitecto más notable que ha habido en México; y decimos el más notable, porque se formó por sí mismo, y porque tuvo más pericia o fortuna que Tolsá, en la cimentación y estabilidad de sus edificios.

De sus obras, las reformas que hizo el convento de Santa Rosa en Querétaro y a la torre de San Agustín en Celaya, constituyen su primera manera: no alcanzan todavía toda la corrección clásica que anhela el artista. Pero éste va despojándose gradualmente de bastardas influencias, y llega, por el contrario, a hacerse esclavo de los cánones del neoclasicismo en el Carmen de Celaya, en el puente de la Laja, en el pórtico de las Teresas en Querétaro, y en la impecable fachada del palacio Rul en Guanajuato.

"Tolsá y Tresguerras, dice Revilla en su *El Arte en México*, tienen muchos puntos de semejanza: los dos profesando otro arte, la estatuaria el uno, el otro la pintura, se dedican más tarde a la construcción; los dos cultivan en ella el mismo estilo, el Renacimiento, y saben dar magestad a sus edificios; Tolsá es más severo, elegante y grandioso; Tresguerras sabe expresar mejor la gracia y gusta más de lo atrevido; falta a veces a éste el buen gusto, aquél incide en cambio, con frecuencia, en lo pesado; ambos con todo, son insignes arquitectos, y si el uno obtiene constantes aplausos, el otro alcanza duradero renombre.

"Con estos artistas se cierra el ciclo de la arquitectura virreinal, que comenzó ruda y tosca, siguió brillante y recargada, terminó sencilla y correcta y apareció siempre fuerte y robusta como la viril raza conquistadora que la produjo."

BIBLIOGRAFÍA.

- ACEVEDO, Jesús T.—Disertaciones de un arquitecto. México, 1920.
- ALAMÁN, Lucas.—Historia de México. México, 1849.
- ANALES del Museo Nacional. Tomo I. México, 1909.
- BAXTER, Sylvester.—Spanish-Colonial Architecture in Mexico. Boston, 1901.
- BELTRAMI, J. C.—Le Mexique. Paris, 1830.
- COUTO, Bernardo.—Diálogo sobre la historia de la Pintura en México. México, 1889.
- EL MUSEO MEXICANO. Tomo II. México, 1843.
- FRÍAS, Valentín.—Leyendas y tradiciones queretanas.
- GONZÁLEZ, Pedro.—Apuntes históricos de la ciudad de Dolores Hidalgo. Celaya, 1891.
- HERNÁNDEZ y Dávalos, J. E.—Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia. México, 1877.
- HUMBOLDT, A. de.—Ensayo Político sobre la Nueva España. París, 1827.
- MARMOLEJO, Lucio.—Efemérides Guanajuatenses. Guanajuato, 1911.
- OCIOS de Tresguerras. Ms.
- RAMÍREZ, José Fernando.—Biblioteca Hispano Americana Septentrional. Adiciones y correcciones. México, 1898.
- REVILLA, Manuel G.—El Arte en México en la época antigua y durante el gobierno virreinal. México, 1893.
- ROMERO, José G.—Estadística de Michoacán. México, 1860.
- VILLA, Agustín F.—Breves apuntes sobre la antigua escuela de pintura en México. León (Guanajuato), 1884.

